

Francisco Javier Sanabria Valderrama

Embajador de España

Apuntes al Segundo, Tercero y Cuarto «Encuentros Hispano-Polacos» en la Facultad de «Artes Liberales» de la Universidad de Varsovia

II Encuentro Hispano-Polaco: «España y Polonia. Centenario del restablecimiento de las relaciones diplomáticas 1919-2019»¹

En nombre de la Embajada de España en Polonia les doy la bienvenida a la segunda edición de los «Encuentros Hispano-Polacos». Agradezco al rector de la Universidad de Varsovia y a la Facultad de «Artes Liberales», representada por su decano, por su colaboración y por el esmero en la preparación de estas jornadas. La aplicación en esa tarea de los profesores Jan Kieniewicz, Cristina González Caizán y Jan Stanisław Ciechanowski es garantía de solvencia científica. Permítanme reconocer su dedicación con profunda gratitud.

Es un honor contar con la participación de la viceministra Magdalena Gawin en la apertura de una cita académica que quiere poner de relieve el centenario del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre España y Polonia tras una interrupción forzosa de 123 años. Gracias, señora ministra, por sus palabras y su cercanía. Nos sentimos también muy honrados por la carta que nos ha hecho llegar el viceministro Szymon Szykowski vel Sęk ante la imposibilidad de acompañarnos. Le ruego, señora directora general, que le transmita al ministro las seguridades de nuestra consideración y estima.

Señoras y señores:

Estos encuentros aspiran a convertirse en una cita cimera entre personalidades españolas y polacas de la academia, del arte, la política, la ciencia, el

¹ Discurso de inauguración de esta conferencia dentro del ciclo «Encuentros Hispano-Polacos» que tuvo lugar en Varsovia los días 21 y 22 de mayo de 2019.

pensamiento, la religión, el periodismo, la economía, los negocios, el deporte, la diplomacia y la vida social. Nos mueve el deseo de crear un espacio para que los invitados diserten y conversen entre ellos y con los asistentes sobre asuntos de actualidad o «de felice recordación» que atañen a España y a Polonia y nos pongan sobre la pista de otros sobre los que tenemos noticias vagarosas o que simplemente ignoramos.

Son tantos los aspectos por descubrir sobre las múltiples y ricas conexiones entre nuestros dos países que bien merece la pena que cada cierto tiempo nos tomemos un periodo para el efecto y así colmemos esa necesidad. Abrimos fuego el año pasado, espoleados por el centenario de la recuperación de la independencia de Polonia, con un seminario sobre España y Polonia entre 1795 y 1918. «Semejanzas de propósitos en circunstancias contrapuestas» titulé mi apunte de entonces, pues tanto en la España errática y menguante que declinó desde la Guerra de la Independencia hasta el Desastre del 98 como en la Polonia inquieta que se revolvía bajo la mortaja con que la habían cubierto sus imperios vecinos, alentaba el deseo de recobrar un rumbo nacional extraviado o arrebatado por los avatares de unos tiempos poco propicios.

En esta edición de los «Encuentros», hemos querido posarnos en la época inmediatamente posterior tomando 1919 como año de referencia por ser el del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre la Polonia restituida y la Monarquía de Alfonso XIII. España, al igual que tantos otros países, recibió con los brazos abiertos el merecido regreso a la arena internacional de la gran nación eslava de sedicente corazón latino. El canje de notas ocurrió allá por el mes de mayo. Sobre la fecha exacta, como sobre el verdadero nombre de Don Quijote, hay alguna diferencia. Tengo la seguridad de que los historiadores presentes zanjarán con su autoridad la cuestión en este encuentro.

La celebración del centenario es motivo de alegría y un poderoso incentivo para nuestro quehacer. Con el fin de dar cumplimiento cabal en el plano académico a este cometido hemos reunido a un elenco de invitados de primer nivel. Creo que es harto improbable presentar un «line-up» más relevante para la ocasión. No envidiamos ni la ponderación y agudeza de los siete sabios de Grecia, ni el valor en combate de los doce pares de Francia, ni la galanura en la combinación y la eficacia en el remate de los cinco magníficos del Real Zaragoza, ilustrísimos ejemplos de un pretérito de improbable retorno.

Nos sentimos felices, honrados y agradecidos, porque aceptando nuestra invitación han venido desde España cuatro figuras destacadas. En primer lugar, el diplomático, político y escritor, Javier Rupérez, quien se confiesa deslumbrado por esta Polonia de hoy que dista años luz de la que él habitó entre 1969 y 1971. El embajador Rupérez, con una prestigiosa y brillante carrera a sus espaldas, reflexionará mañana acerca de las relaciones hispano-polacas con el profesor Jerzy Axer, el embajador Jan Kieniewicz y el ministro Adam D. Rotfeld.

Nos acompaña también el poeta, crítico e historiador del arte Juan Manuel Bonet, un sabio «hispano-franco-polaco», esto es, enciclopédico y universal,

quien recogiendo el guante del polemista Joachim Lelewel nos descubrirá las estelas que ora se entrecruzan, ora discurren paralelas entre las vanguardias españolas y polacas del primer tercio del siglo XX (al que, por cierto, aún me cuesta llamar «pasado», porque todavía pesa lo suyo).

Están asimismo con nosotros el insigne historiador Alfonso Bullón de Mendoza, que nos ilustrará sobre la interesante y poco conocida labor diplomática y humanitaria de la España neutral en la Primera Guerra Mundial, y la profesora María Isabel García García, quien conversará con el profesor Piotr Rypson, una eminencia en museística y otros saberes, sobre cuestión tan sugestiva como la presencia polaca en la España de aquel entonces.

Señoras y señores:

España y Polonia han escrito páginas históricas de las que podemos sentirnos legítimamente orgullosos. El encuentro que inauguramos hoy en esta Sala de Columnas de la Universidad de Varsovia –que ya he comenzado a considerar una prolongación natural de nuestra Embajada por la frecuencia con la que nos ofrece resguardo– nos brinda una oportunidad inestimable de cruzar nuestras miradas para conocernos mejor y confirmar así los vínculos cada vez más numerosos, fuertes, variados y profundos que unen a polacos y españoles.

Permítanme terminar mi bienvenida con unos versos de Luis Cernuda que en la época que nos ocupa comenzaba a despertar para la poesía y que bien pueden evocar por analogía la vocación de aprender y amistar que ustedes encarnan y aquí nos congrega:

¿Mi tierra?
Mi tierra eres tú.
¿Mi gente?
Mi gente eres tú.

El destierro y la muerte
para mí están adonde
no estés tú.

¿Y mi vida?
Dime, mi vida.
¿Qué es, si no eres tú?

Les doy las gracias por su dedicación, su tiempo y sus enseñanzas.

III Encuentro Hispano-Polaco: «En torno a la libertad de expresión e información en Polonia y España en el siglo XX»²

Señora vicedecana, distinguidos profesores, señoras y señores:

En la apertura de la conferencia intitulada «En torno a la libertad de expresión e información en Polonia y España en el siglo XX» les envió un saludo muy cordial desde la Embajada de España en Polonia. La conferencia se inscribe en los «Encuentros Hispano-Polacos» que alumbramos en 2018 junto con la Facultad de «Artes Liberales» –hermoso nombre compuesto de rancio abolengo– de la Universidad de Varsovia. Fueron los «Encuentros» una de las maneras que escogimos para asociarnos como Embajada de España a la celebración del centenario de la recuperación de la independencia de una Polonia que en 1795 acabó por ser fagocitada por sus tres imperios vecinos, reinando Estanislao Augusto Poniatowski, el Rómulo Augústulo de la Confederación polaco-lituana. Nuestra aspiración era y es que estos encuentros se conviertan en una tertulia anual sobre España y Polonia, sobre españoles y polacos, sostenida y alentada por unos y otros.

Les hablo, queridos amigos, con sentimientos encontrados. No es el de hoy un encuentro al uso. No nos ha sido posible reunirnos bajo el mismo techo de un aula de la Universidad de Varsovia. La pandemia nos obliga a comunicarnos a través de la pantalla, en la distancia, lo que nos priva del contacto personal, ingrediente esencial que en esta ocasión hemos debido sacrificar. Con todo, creo que podemos estar satisfechos, pues cancelar la cita de 2020 hubiera sido como desistir de un propósito que requiere un cultivo esmerado para que no quede relegado en la alacena como un tarro de mermelada antigua. Nos consuela asimismo que las ponencias de las ediciones de los encuentros se van a recoger en unos «Anuarios polaco-ibéricos», nombre con aroma de Jabugo, que va a editar la Facultad. Ese rastro preservará su memoria.

Por parte de la Universidad, el alma trina de estos encuentros son el eminente profesor e hispanista Jan Kienewicz, embajador de Polonia en España entre 1990 y 1994, quien moderará la tercera mesa de la jornada sobre «La libertad de expresión en la República Popular Polaca y en la Polonia democrática en comparación con la España franquista y la España democrática» y los profesores Cristina González Caizán y Jan Stanisław Ciechanowski, un tándem del que emana la potencia combinada de sus respectivas raíces riojanas y kasubas. Moderarán respectivamente el primer panel y el segundo, centrado en tres nombres propios: Józef Potocki, Józef Łobodowski y Sofia Casanova.

² Discurso de inauguración de esta conferencia dentro del ciclo «Encuentros Hispano-Polacos» que tuvo lugar en Varsovia el día 26 de noviembre de 2020.

Nos sentimos muy honrados de poder contar con un elenco de ponentes de primera fila: los profesores José Luis Orella y Grzegorz Bąk y los periodistas Ramiro Villapadierna, Gemma Aizpitarte y Maciej Stasiński. A todos ellos los saludo y les agradezco su disponibilidad. Siento que las circunstancias hayan impedido que los tres primeros se desplacen a Varsovia. Confío en que algún día puedan visitarnos. Serán bienvenidos como merecen.

El núcleo de la conferencia, la libertad de expresión y el derecho a la información, es asunto siempre candente y hoy, de máxima actualidad: ¿Debe haber y, en su caso, cuáles son los límites «aceptables» a la libertad de expresión y al ejercicio de la libertad de prensa en democracia? ¿Es imperativo y prioritario combatir los bulos que pretenden sembrar confusión e indisponer a los ciudadanos con sus gobiernos para derribarlos? Y si lo es ¿qué medios resultan adecuados, proporcionados y no abusivos, a tal fin? ¿No son suficientes los tipos penales existentes para responder a las campañas de desinformación? ¿Qué nos debe preocupar más, los bulos diseminados en las redes sociales o en los medios de comunicación o el combate de los mismos con un exceso de celo por los poderes del Estado? ¿Deben perseguirse, sancionarse o censurarse las opiniones o las afirmaciones que no se sustentan en hechos fehacientes? So pretexto de la lucha contra la desinformación ¿no existe el riesgo de que se cercene la libertad de crítica al poder establecido? ¿Cuál debe ser la respuesta democrática cuando quien miente, tergiversa u oculta la verdad es el gobierno o los medios a su servicio financiados o subvencionados con el dinero de los contribuyentes? ¿Es lícito que las redes sociales censuren mensajes que consideran engañosos y bloqueen a determinados usuarios?

Preguntas como éstas están a la orden del día. La conferencia de hoy no pretende –no se inquieten los ponentes– dar respuesta cabal a las mismas. Pero estoy seguro de que nos proporcionará una perspectiva histórica que contribuirá a iluminar nuestra realidad de hoy, digital y global, trayendo a la luz la de ayer –la de las rotativas, la radio y la televisión–, la de nuestra juventud, divino tesoro, y la de nuestros padres y abuelos.

De la España de entonces, tan cercana y tan lejana a un tiempo, conservo algún que otro recuerdo. El gran humorista José María González Castrillo, más conocido como Chumy Chúmez, dibujó en un chiste gráfico a un señor sentado en su sillón con un periódico en sus manos que exclama: «María, tráeme las gafas para de cerca y las de leer entre líneas».

El humor y la columna fueron los pulmones de la libertad de prensa durante el régimen de Franco y la transición. Los humoristas fueron y son legión. Antonio Mingote, tan generoso, según José Luis Coll, que dejaba escribir al *ABC* donde él dibujaba; OPS y El Roto, Andrés Rábago, tanto monta, monta tanto; el citado Chumy Chúmez; Antonio Fraguas de Pablo, más conocido como Forges; Manuel Summers; el serio Máximo San Juan Arranz y tantos más. En prosa descollaron Álvaro de Laiglesia, Antonio Lara de Gavilán (Tono); Enrique Herreros y los grandes Miguel Mihura, Enrique Jardiel y Edgar Neville. Ellos y muchos

otros ensancharon las mentes y los espíritus de los españoles en unos años en que se comulgaba bastante. *La codorniz*, la autodenominada revista más audaz para el lector más inteligente, despertaba casi tanta expectación como algunas cartas pastorales en los primeros setenta al igual que su efímero discípulo de resonancias franciscanas, *Hermano Lobo*, «un semanario de humor dentro de lo que cabe».

Los periódicos se erigieron en modelos literarios. Estaban muy bien escritos. «Los viejos columnistas de opinión y metáfora somos la silla isabelina del periodismo», se jactaba con ironía gutural Francisco Umbral, un colosal telamón, cariátide varonil. «El artículo –escribió– se hace con urgencia y rabia, en el artículo se lo juega uno todo, y ese torerismo articulista es lo que más me sigue fascinando del oficio. El artículo es la gloria inmediata, como la del toreo».

El articulismo, el columnismo, manantial cincelado por el estilo personal, caló entre nosotros desde la invención de la rotativa y aún mucho antes. Basta nombrar a Mariano José de Larra, el «Fígaro» o el «pobrecito hablador», un portento de la tinta fresca o a Leopoldo Alas «Clarín». Grandes plumas han llevado al periodismo en España a las más altas cimas literarias con aportes cotidianos, panes nuestros de cada día hechos metáfora, pensamiento, látigo, imagen cóncava o convexa, cubista, multiforme, masa madre que ayuda a deglutir la realidad. José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, José Martínez Ruiz «Azorín», Miguel Delibes, Camilo José Cela y Rafael Sánchez Ferlosio pisaron con asiduidad la arena periodística y nunca se alejaron de ella; Mariano de Cavia, César González Ruano, Julio Camba, Josep Pla, Álvaro Cunqueiro, Rafael García Serrano, Jaime Campmany, el citado Umbral, Manuel Alcántara son figuras señeras del articulismo, una antología que quita el hipo y que continúa con coetáneos como Gabriel Albiac, Manuel Vicent, Raúl del Pozo o Ignacio Camacho y pervive y se sucede entre unos jóvenes que entienden del arte de lidiar el artículo periodístico con temple y sentido de la forma, con los adornos medidos, los necesarios, tal que Manuel Jabois y el llorado David «Goliat» Gistau.

Queridos amigos, señoras y señores:

Me van a permitir que termine con unas palabras atinadas que pronunció días atrás Su Majestad Don Felipe VI con ocasión de la entrega del premio de periodismo Francisco Cerecedo:

El periodismo es una profesión, «el mejor oficio del mundo» en palabras de [Gabriel] García Márquez, que implica un privilegio, pero que conlleva una indudable responsabilidad: el privilegio de transmitir a los ciudadanos los hechos que suceden a diario, la actualidad informativa que conforma nuestro mundo y nuestra realidad y la responsabilidad de hacerlo con honestidad y rigor y con el noble afán de contribuir a generar en cada persona una conciencia cívica y una opinión libre.

De eso se trataba ayer, se trata hoy y se tratará siempre: de que el periodismo ensanche los espacios de libertad para que el ciudadano se forme un criterio personal e informado sobre los asuntos que atañen a la res pública. No les

quito más tiempo. La jornada promete. Como sabe decir con finura el periodista Miguel Ángel Aguilar: permanezcan atentos a sus pantallas. Muchas gracias.

IV Encuentros Hispano-Polacos: «La Monarquía española y la Monarquía polaco-lituana a través de los siglos»³

Señor rector, señor decano, señores profesores, señoras y señores:

Abrimos esta mañana la cuarta edición del ciclo «Encuentros Hispano-Polacos». Es esta una iniciativa que arrancó en 2018 con coraje balbuciente fruto del maridaje entre la Embajada de España y la Facultad de «Artes Liberales» de la Universidad de Varsovia.

Saludo un año más la colaboración de Cristina González Caizán y Jan Stanisław Ciechanowski, que contribuyen a alentar estas citas nuestras siguiendo las indicaciones de la dúctil batuta del profesor/embajador Jan Kieniewicz, hispanista de pro. Contamos una vez más con la participación de insignes profesores: Anna Grześkowiak-Krwawicz, Hieronim Grala, Alfredo Alvar Ezquerro y José Luis Gómez Urdáñez, quienes, junto a los organizadores de la conferencia, nos ilustrarán desde distintos ángulos sobre el devenir histórico de dos realidades políticas, la Nación española y la Nación polaca, en una suerte de «travelling» multisecular. Las Monarquías española y polaco-lituana, como las grandes potencias que fueron, ejercieron como tales desde los albores de la Edad Moderna hasta sus estertores, cuando germinó la convencionalmente conocida como Edad Contemporánea con sus revoluciones ideológicas, políticas, industriales y tecnológicas, pura agitación y vértigo.

En su calidad de sujetos históricos, España y Polonia tienen sus detractores. En España no son rara avis aquellos a quienes producen alipori los Reyes Católicos, Carlos I de España y V de Alemania, Felipe II, Hernán Cortés o Francisco Pizarro. Cuanto mayor fue su papel en el acrecentamiento físico o político de los reinos, tanto mayor es el fastidio que causan. «Ladran, luego cabalgamos».

La ciencia histórica, inspirada por Clío, rehúye los dogmas sectarios, los clichés y las poses. Escudriña y no prejuzga, analiza, reflexiona y expone. Nuestros encuentros no pretenden otra cosa: escuchar y debatir para ahondar en el conocimiento mutuo, un descubrimiento progresivo y constante lleno de retos y estímulos. El ciclo nació con vocación de perdurar y ensancharse, de buscar complicidades y contraponer puntos de vista, de rebuscar en lo ignoto o escarbar en lo desapercibido.

³ Discurso de inauguración de esta conferencia dentro del ciclo «Encuentros Hispano-Polacos» que tuvo lugar en Varsovia el día 15 de octubre de 2021.

La Monarquía española y la polaco-lituana han sufrido avatares dinásticos, guerras de sucesión, que no de secesión, periodos de esplendor y otros sombríos. La Monarquía española resurgió en dos ocasiones como el ave fénix tras sendos breves paréntesis republicanos y subsiste, mientras que la polaco-lituana no resurgió con la resurrección de Polonia y de Lituania como Estados independientes, en 1918. Quedó como objeto de estudio *pour la grande histoire*.

Me acojo a su benevolencia para lanzar unos apuntes personales sobre la Corona de España. La Corona puede considerarse una encarnación simbólica de la Nación, de su pasado, presente y porvenir, de una comunidad metafísica, un ente que «pertenece» a vivos y muertos y a los que habrán de venir y que, aunque desaparezca, nunca muere, por su legado polifacético y perenne, como el de la Roma eterna, o incluso si se limita a dejar rastros tenues y polvorientos como el Imperio enigmático de los hititas.

La Corona está regulada en la Constitución de 1978, la de la reconciliación, en su título II. El Rey tiene asignado en ella un papel crucial, no solo representativo, sino como árbitro y moderador del funcionamiento regular de las instituciones. La Corona de España, encarnada en Su Majestad Don Felipe VI, cuenta hoy, con permiso de Leibniz, con el mejor rey posible: patriota, íntegro, estudioso y sensible. Recuperó la fibra herida de una ciudadanía dolida con un discurso modélico en fondo y forma, impecable en su doble dimensión, patriótica y democrática, el que pronunció el 3 de octubre de 2017 tras el aciago golpe de Estado secesionista que había hecho cumbre ignominiosa dos días antes. Permítanme que emplace a los participantes en la, pongamos, vigésimo quinta edición de estos encuentros a centrarse en el papel desempeñado por el rey frente al mayor ataque contra la integridad nacional y la democracia española en lo que va de siglo.

A lo largo de su historia secular la Corona ha tenido luces brillantes que algunos pretenden hacer ignorar y sombras que, en ocasiones, se entenebrecen y agigantan por intereses ideológicos. La Corona de España no son sólo los Trastámara, los Habsburgo, los Borbones, o el Saboya, sino que, merced a su incardinación en la historia y en las gentes de España, se prolonga en Cristóbal Colón y Juan Sebastián Elcano, la Escuela de Salamanca, Miguel de Cervantes, Félix Lope de Vega y Pedro Calderón de la Barca, Luis de Góngora y Francisco de Quevedo, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez y Francisco de Goya –dos pintores reales en todas las acepciones del término–, en Constituciones como la Pepa y la Nicolasa, o, si me apuran, hasta en Adolfo Suárez y en Santiago Carrillo.

La Corona, en un sentido simbólico, abraza y se deja abrazar, en fin, por la mística, por Juan de Yepes y Teresa de Jesús, cuya festividad celebramos hoy, fundadora de la Orden de las Carmelitas Descalzas y doctora de la Iglesia Católica, esto es, universal. Universal, católica y española, una forma de ser en el mundo y de hacer Historia.

Les deseo un encuentro muy provechoso y que pasen una estupenda jornada.